

LA RETÓRICA COMO PEDAGOGÍA. UNA LECTURA DESDE THOMAS HOBBS

Carolina Rodríguez Rodríguez*

Resumen

El presente artículo es un resultado de investigación del proyecto *Epistemología y Lenguaje en Thomas Hobbes*; el proyecto fue financiado por la Universidad de La Salle y está inscrito en el grupo de investigación Estudios Hobbesianos.

El artículo tiene como objetivo demostrar que en el discurso y la escritura hobbesiana existe una reivindicación de la retórica que habitualmente no es reconocida y explorada por los estudiosos de la obra del autor. Seguidamente, el artículo explica el papel pedagógico de la retórica en el proceso de instrucción pública y de la formación civil de los súbditos. De esta manera, el texto concluye que la obediencia a la ley y los ideales de paz y seguridad dependen de la influencia retórica del filósofo en la cultura popular.

Palabras clave

Retórica, ciencia civil, metáfora, pedagogía, Leviatán.

* Adelanta estudios de Doctorado en Filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana. Es docente-investigadora de la Universidad de La Salle y de la Universidad Santo Tomás; es líder de los grupos de investigación *Estudios hobbesianos* y *Filosofía, realidad y lenguaje* (reconocido por Colciencias y Clasificado en Categoría A). Sus libros y artículos trabajan los siguientes campos: epistemología, filosofía analítica y pensamiento hobbesiano.

Abstract

Key words

Presentación

Es natural que el título del artículo genere incomodidades en el lector. Un hobbessiano informado sabe que el autor denigra la retórica, de manera que resulta aparentemente forzado el hecho de buscarle alguna utilidad y validez dentro de su sistema filosófico. Además, Hobbes es por definición un filósofo moral y político, lo cual sugiere que la pretensión de identificar una contribución suya a las ideas educativas constituye lectura abusiva.

He presentado dos razones que de entrada plantean dificultades para la formulación del tema en el sentido propuesto. Bien puede resultar un signo de obstinación persistir en este intento, porque parecería que se quiere revalidar una materia en la que Hobbes no cree (*la retórica*), para pretender deducir de ella conclusiones frente a un tema sobre el cual no dijo nada (*la educación*). A sabiendas de estas objeciones y con el riesgo de incurrir en cierta terquedad, elijo defender las siguientes tesis, en las que se va a centrar la exposición:

1. La posición que Hobbes asume frente a la retórica es dual. Esto quiere decir que en el autor se encuentran argumentos para dos finalidades contrarias: condenar la retórica y defender la retórica.
2. Es posible deducir una concepción hobbessiana frente a lo educativo. Esta posibilidad se hace evidente cuando se examina el papel del filósofo civil con respecto a la enseñanza de los fundamentos del Estado y de la observancia de la ley. Ciertamente la acción del filósofo no debe limitarse a la intelección de los principios y conceptos universales de la ciencia civil. No basta con encontrar la verdad, porque es necesario hacer algo con ella; se espera que el filósofo civil entienda teóricamente la importancia de buscar la paz y evitar la guerra y que además realice un ejercicio de instrucción pública que le permita comprender al pueblo la necesidad de respetar al soberano y de obedecer la ley.
3. La tarea pedagógica encomendada al filósofo civil se encuentra en relación con un ideal

normativo de Estado, lo cual pone de manifiesto el carácter prescriptivo de la filosofía política. Para Hobbes el objetivo de esta ciencia no es solamente descriptivo, al mostrar que la guerra y la paz existen, señalando las causas de cada una; también tiene un objetivo prescriptivo cuando expresa juicios de valor que indican la necesidad de buscar la paz y evitar la guerra, cuando postula la monarquía como la forma de organización estatal ideal y cuando delega en el filósofo la responsabilidad de educar a la comunidad para la convivencia.

Por otra parte, es necesario reconocer que la identificación de las concepciones educativas del autor debería incluir, además, una consideración en torno a la epistemología. Esto se justifica en virtud de la siguiente razón: cuando el autor realiza su reflexión en torno al método, en la descripción del método sintético – compositivo hace una referencia explícita a la demostración como una actividad de enseñanza (Cf. Dco. Cap. 6). De hecho, está interesado en mostrar que el método tiene un doble carácter, porque persigue tanto la investigación como la enseñanza. Sin embargo, dejaremos el análisis de la relación enseñanza – demostración para otra ocasión, porque este artículo se restringe a las ideas educativas que se derivan de la ciencia civil.

La retórica como manipulación de las pasiones

Hobbes tiene razones científicas y políticas para objetar la pertinencia de la retórica³⁵; en el campo epistemológico implica un ornato innecesario

³⁵ La caracterización que Hobbes realiza de la retórica corresponde a la definición de la *erística* realizada en la Antigüedad, la cual estaba asociada a prácticas sofísticas: Se trata de un discurso donde las técnicas argumentativas empleadas carecen de un papel moral o epistemológico, porque el sofista tiene el propósito de validar argumentos falaces con la exclusiva finalidad de incitar las pasiones.

para el discurso y representa un modo de manipular a los ignorantes mediante la defensa de doctrinas erróneas. En el contexto civil actúa como un factor disociador; a través de la falsa elocuencia empleada por un orador adulador, egoísta y vanidoso, se generan controversias, se excitan las pasiones, y finalmente se provoca la sedición.

Analicemos, en primer lugar los obstáculos y problemas epistemológicos que aparecen asociados a la utilización de la retórica. Cuando Hobbes escribió su vida en verso, al evocar al proceso de instrucción del Conde de Devonshire, anotó lo siguiente:

Le enseñó a conocer el sentido de las voces romanas, de qué modo hay que concertar las palabras latinas, con qué arte suelen engañar los oradores a los ignorantes, qué hace el orador y qué el poeta (LTH: 153 – 154).

Queda claro que para el autor una de sus estrategias de enseñanza estuvo orientada a la identificación de los ardides con los que los eruditos seducen a los menos sabios, porque la palabra ayuda a torcer la verdad. La citación frecuente de los clásicos griegos y latinos, así como de los textos históricos antiguos confunde y produce la ilusión de una gran sapiencia a un auditorio poco informado. Los excesos retóricos dejan atónito al interlocutor y crea la impresión de profundidad e ingenio. Al proceder de esta manera, la recompensa para los oradores no es otra que “el aplauso que esperan para sus abigarradas oraciones, tejidas con hilos polícromos que pertenecen a diversos autores” (L, XXV: 215).

Pero la dificultad no solamente está asociada a la verbosidad de quienes se expresan a través de proverbios y de citas latinas. Otra técnica que Hobbes reconoció como eficaz para enredar a los entendimientos incautos está dada en la actividad de los escolásticos, que “aprendieron el truco de imponer a sus lectores lo que les venía en gana, y a doblegar la fuerza de la verdadera razón mediante horcas verbales; quiero decir, mediante distinciones que no significan nada, sino que sólo

“sirven para pasmar a la multitud de los ignorantes” (B, I: 56-57).

El discurso escolástico es para Hobbes un puro hablar sin sentido en donde las categorías empleadas no significan nada y carecen de conexión con entidades reales. La retórica asociada a la escolástica, más que producir un efecto estético, tuvo como objetivo confundir con razonamientos arcanos que pretendían encubrir su carácter absurdo gracias a un uso equivocado del lenguaje. Ante esto, la tarea del filósofo radica en definir correctamente los nombres empleados en las demostraciones, con el fin de evitar “las distinciones frívolas, el léxico bárbaro y el lenguaje oscuro de los escolásticos enseñado en las Universidades” (L, XLVI: 559).

La erudición latina y el método escolástico se mezclaron con la teología cristiana en el seno de una institución perniciosa, que hizo de la persuasión y el artificio un hábito cultural: la Universidad. Según Hobbes, las universidades “sirven para evitar que esos errores sean descubiertos, y para que los hombres confundan el *ignis fatuus* de la vana filosofía con la luz del Evangelio” (L, XLVII: 570). No son lugares de producción del conocimiento ni de búsqueda de la verdad. Constituyen escenarios que reproducen prácticas ideológicas que comprometen tanto el avance de la ciencia como la salud del Estado, pues no enseñan al pueblo a obedecer las leyes civiles y sí lo incitan a la rebelión. Al referirse a la situación de Inglaterra, Hobbes afirma que “las *universidades* han sido para esta nación como el caballo de madera para los troyanos” (B, I: 55).

Por oposición al erudito adoctrinado por las universidades, obnubilado por la teología y embrujado por la retórica, Hobbes propone la figura de Mersenne como prototipo del intelectual honesto, comprometido con el avance del saber y desembarazado de las ficciones que generan las palabras. Se trata de un

(...) hombre docto, sabio y extraordinariamente bueno, cuya celda era preferible a todas las escuelas, hinchadas

como estaban todas ellas de la ambición de los profesores. Si por ventura alguien descubría algún corolario interesante o algún principio nuevo, se lo llevaba a él. Y él, con lenguaje diáfano y apropiado, carente de figuras retóricas, sentencias, ambición y engaño, a su vez los sometía a los entendidos para que quienes quisieran pudieran sopesarlos (D: 156).

Tomando como modelo el trabajo de Mersenne, el autor concluye que unir el conocimiento a la elocuencia es un proyecto impertinente. De hecho, dice estar interesado en separar la ciencia de la retórica, la razón de la pasión y la verdad de la persuasión. Impone como tarea irrenunciable expulsar del lenguaje científico de cualquier exceso estilístico, aún a riesgo de llevarlo hasta la aridez; propone depurar este lenguaje de tropos y metáforas al definir adecuadamente los conceptos, porque se espera un lenguaje sobrio para una ciudadanía igualmente austera. La defensa hobbesiana de la simplicidad lingüística pretende evitar que el discurso político encienda las pasiones del pueblo, dado que la falsa elocuencia induce a agitación y es enemiga de la paz.

La contención racional de los deseos desobedientes es uno de los fines de la ciencia civil y el lenguaje científico se convierte en un dispositivo de represión que elimina la disputa, la probabilidad, la especulación y la incertidumbre. Esta retórica de la parquedad no es tanto un resultado de la filosofía civil como una condición indispensable para su desarrollo. De hecho, Condren (1994), llega a caracterizar el inglés como una lengua autoritaria que logra expresar muy bien el talante de la filosofía hobbesiana, porque su espíritu de parquedad y precisión facilita la imposición de posturas que se consideran a sí mismas como las únicas válidas y verdaderas. Así, este autor considera que *Leviatán* es una obra política que representa una cadena férrea de declaraciones autoritarias, sustentadas en la definición unívoca de conceptos esenciales como *autoridad, deber, ley, soberano, súbdito, poder*, etc.

Una nueva concepción de la ciencia implica separarse de la retórica. Esto constituye un imperativo porque la retórica habla por fuera de la razón, excitando las pasiones y la imaginación. En particular, la metáfora encarna un medio oscuro de persuasión que agita los afectos e impide discurrir con claridad. Por principio, la metáfora como recurso de argumentación retórica está dirigida a conmover y perturbar a los hombres ignorantes. Por esta razón, Hobbes llega a declarar lo siguiente:

No ignoro lo difícil que resulta arrancar de las mentes de los hombres las opiniones habituales conformadas por la autoridad de escritores muy elocuentes. Sobre todo porque la verdadera filosofía (es decir, la precisa) rechaza de intento no sólo los disfraces, sino también casi todos los ornamentos de la oración y porque los fundamentos primeros de toda ciencia no sólo no son de hermoso aspecto, sino que incluso parecen humildes, áridos y casi deformes (Hobbes, 1987: 68).

Hay que combatir la retórica porque sólo persigue objetivos de carácter persuasivo que dejan de lado el interés por la verdad y la justicia; su problema radica en que está en función de la eficacia pragmática del discurso y no en pos de su veracidad. Quién habla retóricamente busca cómo ganar la adhesión de su auditorio, calculando el efecto de sus palabras en los actos de los hombres que le escuchan. De hecho, la elocuencia está orientada a producir cierto tipo de conducta, al examinar qué clase de argumentos los oyentes estarían dispuestos a aceptar y validar. Por esta razón, la retórica y la elocuencia se convierten en mecanismos de influencia y manipulación, pues en Hobbes

(...) quien disuade... tiene en cuenta, en sus frases, las pasiones comunes y las opiniones de los hombres, y hacen uso de símiles, metáforas, ejemplos y otros recursos de la oratoria, para persuadir a sus oyentes de la utilidad, honor o justicia de seguir su opinión (L, XXV: 211).

La retórica no está dirigida a la razón sino a la pasión. Tiene por objetivo la excitación violenta

de los apetitos humanos para lograr un determinado fin. Es estratagema que permite ejercer control sobre la conducta ajena, al inducirla a una acción que no está en función del bien de su agente sino del orador. La incitación y el aplacamiento son *actos de habla* que están orientados a aumentar o disminuir las pasiones del oyente. El objetivo radica en derivar una opinión de una pasión para que se traduzca en acción; al estar la pasión en la base, cualquier premisa de argumentación resulta adecuada para deducir la conclusión deseada (Cf. EL-I, XIII. 7).

Hobbes asocia la persuasión a la retórica y al pensamiento dogmático, responsables de la falsa creencia y la precipitación en el juzgar. La persuasión ejerce un influjo peligroso porque “nuestros deseos siguen a nuestras opiniones, igual que nuestras acciones siguen a nuestros deseos” (EL-I, XII. 6: 162). Según Hobbes,

(...) el oficio de la elocuencia consiste en hacer que el *bien* y el *mal*, lo *útil* y lo *inútil*, lo *honesto* y lo *deshonesto* aparezcan mayores o menores de lo que en realidad son, y que lo justo aparezca como injusto, según el orador crea que conduce a sus fines. Porque esto es persuadir; y aunque razonen, sin embargo no parten de principios verdaderos sino de endoxoi^v opiniones generalmente aceptadas que en gran parte suelen ser erróneas, ni tratan de que su discurso responda a la naturaleza de las cosas sino a las pasiones. De donde resulta que las opiniones vienen dictadas no por la recta razón sino por el deseo. Pero éste no es un vicio de los hombres sino de la propia elocuencia, cuyo objeto (como enseñan todos los maestros de retórica), no es alcanzar la verdad (a no ser accidentalmente), sino la victoria; y cuyo ejercicio no consiste en enseñar sino en persuadir (DC, X. 11: 95 - 96).

Como un móvil inherente a la manipulación de las pasiones está el lucro personal. Los hombres por naturaleza son egoístas y sólo buscan su bien. Necesitan satisfacer sus deseos y actúan según el dictado de sus inclinaciones. Por esta razón, las nociones de bien y mal no son un criterio obje-

tivo de interacción ni poseen un significado universal y comúnmente aceptado; por el contrario, el bien y el mal son ideas relativas a cada hombre particular, de acuerdo a la posibilidad de que un evento pueda ajustarse sus pasiones: bueno es lo que está de acuerdo con la pasión y malo lo que la contradice. No existe un canon compartido para el juicio moral, de modo que las opiniones de los hombres carecen de objetividad:

Todos los hombres están por naturaleza provistos de notables lentes de aumento (a saber, sus pasiones y su egoísmo), a través de los cuales cualquier pequeña objeción aparece como un gran agravio; están, en cambio, desprovistos de aquellos otros lentes prospectivos (a saber, la moral y la ciencia civil) para ver las miserias que penden sobre ellos y que no pueden ser evitadas sin tales aportaciones (L, XVIII: 150).

A través de las palabras persuasivas cada uno busca obtener cuanto le conviene según su particular interés. Ya no predomina la usurpación o la fuerza, porque al usar expresiones elocuentes se puede llevar a los otros a lo que sea necesario, como en el caso de la argumentación judicial:

Por regla general un abogado cree que debe decir todo lo que pueda en beneficio de su cliente y, por consiguiente, necesita la facultad de violentar el sentido de las palabras retorciendo su verdadero significado, así como la facultad de la *retórica* para seducir al jurado y a veces incluso al juez, y otras muchas artes que ni he estudiado ni pretendo estudiar (D: 7).

Los deseos sediciosos que se expresan en la retórica constituyen la causa del desorden estatal. Una de las raíces de la guerra civil está en la corrupción del orden simbólico, ocasionado por los libros que difunden falsas doctrinas. Debido a lo anterior, la metáfora es un recordatorio del carácter errante del lenguaje, que en ocasiones logra resistirse a las leyes de la razón. Se trata de una entidad fantástica que puede fomentar el caos verbal porque constituye una forma de expresión

antinatural, carente de equilibrio, sobriedad y proporción. Por esta razón, la geometría es el discurso técnicamente regulado mediante números, medidas, axiomas y figuras, que permite la construcción de un lenguaje formal y universal. La geometría domina a la retórica del mismo modo que las rectas definiciones restringen y controlan el alcance de las metáforas políticas.

Según Moloney, “en el Edén, un conocimiento divino, una inteligencia incorrupta y un lenguaje infundido por Dios, rigen y preservan a las especies de la ignorancia moral e intelectual” (Marín, 2006: 24). La armonía política es el resultado de la introducción de un lenguaje universal, por ello se asocia el desorden lingüístico con los efectos de la guerra civil³⁶. De hecho, una lengua universal está en relación con una soberanía igualmente universal. Por el contrario, la guerra civil tiene un origen retórico porque la discordia cultural posee un trasfondo lingüístico; según Hobbes, “la lengua del hombre es especie una de trompeta de guerra y de sedición” (DC, V. 5: 52).

Las tareas de la ciencia civil

La ciencia civil tiene como objeto de estudio las causas de la paz y la guerra, como una condición antecedente para la construcción de un orden social seguro y estable. Este campo del saber se nutre de un primer nivel de descripción, constituido por la ciencia moral como campo teórico que estudia las leyes de la naturaleza, las pasiones y la naturaleza humana. En segundo lugar, requie-

³⁶ Tanto Johnston (1989) como Stillman (2002) coinciden en señalar que en el siglo XVII la censura de prensa desapareció y que esto tuvo como efecto un incremento considerable en la circulación de periódicos y otras publicaciones, lo cual redundó en la proliferación de controversias políticas y religiosas. El auge de la imprenta impuso ideas que fueron consideradas como sediciosas o blasfemas. De hecho Hobbes atribuye la guerra civil a la licencia para la libre publicación, de manera que el fracaso en el dominio del lenguaje imposibilitó ejercer el control social. Nuevamente, la estrategia para hacer frente al caos y la sedición no es otra que el establecimiento de un lenguaje universal, que permita manejar con precisión los conceptos civiles.

re de una filosofía política que trascienda la comprensión de la acción individual e indague acerca del Estado como ente artificial poseedor de materia, forma y estructura que es necesario conocer racionalmente.

La ciencia civil hobbesiana pretende poner en la mente de los hombres lo que ellos ya saben o pueden saber por su propia experiencia, elevando este conocimiento al rango de principios explicativos de carácter general. Pero el saber civil no se busca por una simple necesidad especulativa; está inspirado en un principio de utilidad, cual es lograr la paz, conjurar la sedición y evitar los efectos nefastos del caos y la anarquía. De esta manera, la ciencia civil tiene una dimensión teórica que apunta hacia la deducción de conceptos y principios universales, cuya validez se prueba a través de la demostración. Pero al mismo tiempo, está dotada de una proyección práctica que incide de una manera directa en las condiciones en las que se da la interacción social.

Así, la ciencia civil no es políticamente neutra – esto quedó claro desde la escritura de *Los Elementos de la Ley* (1640)-, porque persigue como idea regulativa la paz y la estabilidad social. La ciencia civil es un discurso que toma partido y establece juicios de valor y preferencia cuando declara la guerra, la zozobra y la desconfianza como negativas que deben ser superadas. Lo hace también cuando afirma que la paz es deseable en sí misma porque es la base de una sociedad bien ordenada, en donde pueden florecer la ciencia, la industria y otras expresiones del esfuerzo humano. La dimensión persuasiva de la ciencia civil está sustentada en la recuperación de una forma de retórica que busque la verdad y defienda la justicia bajo la forma de respeto a los pactos.

En últimas, el fin de la ciencia civil radica en su capacidad para proporcionar reglas seguras que permitan disponer los materiales de que está hecho el orden social -las pasiones y movimientos de los hombres-, como resortes básicos de su movimiento. No se trata de modificar la naturale-

za humana ni de lograr que los sujetos sean mejores personas. Si estamos hablando de una ciencia prescriptiva frente al orden social que se considera como deseable, no hay en ella una intención moralizante o teleológica que oriente al ser humano hacia el deber ser; simplemente, el autor quiere poner de manifiesto los nexos causales desde los cuales se explica la conducta humana, no perceptibles para una mirada que no esté teóricamente disciplinada (Cf. Rodilla, 1992: XXII)

La nueva retórica

La concepción de retórica que subyace a la obra hobbesiana es doble. De un lado, se sitúa críticamente frente a la elocuencia como *erística*, esto es, como manipulación de la ignorancia y de las pasiones humanas; de otro, se inscribe en el ideal de la retórica como una expresión de sabiduría práctica que está subordinada a la vida en comunidad, como un modo de comprensión de los problemas sociales. Es la intencionalidad pragmática del orador la que permite diferenciar entre estos dos usos de la retórica.

Como es evidente, la buena retórica posee por definición un sentido político y moral. De esta manera, sólo se persuade sobre lo relacionado con la vida del hombre en la ciudad, porque la retórica recae sobre lo justo. La función de la retórica es política, lo cual está en franca oposición a la *erística*; no busca la manipulación con falsas razones, sino la exposición de lo que es justo y verdadero, de modo que introduce regulaciones de tipo ético. Aunque para Aristóteles la retórica no es científica³⁷, una oratoria cuya eficacia se funda en el mero recurso a las pasiones del auditorio no es un arte auténtico. La retórica es un ejercicio intelectual y persuade con motivos racionales; aunque no es una ciencia está más cerca de la verdad que del engaño.

Hobbes sigue a Aristóteles en la siguiente consideración: la buena retórica se aplica a la política y a ningún otro campo. Sin embargo, la adhesión no es completa porque se separa del Estagirita

debido a la necesidad de ubicar a la retórica en el *Organon*, es decir, en la lógica. Hobbes se separa de Platón y Aristóteles cuando ellos sitúan la retórica fuera del ámbito científico. En particular, a Hobbes le molesta el hecho de que la retórica quede por fuera del *Organon*, porque esto restringe su papel en los procesos de indagación y descubrimiento del conocimiento. Lo que Hobbes quiere hacer es incluir la retórica en la lógica y otorgarle una función epistemológica.

Aunque resulte paradójico, Hobbes quiere hacer de la retórica un instrumento de exactitud para la ciencia civil. Es un modo alternativo de producción de conocimiento que complementa y amplía los alcances del mecanicismo y la geometría. De hecho, Hobbes explica que:

(...) la *elocuencia* es de dos clases: una es la que explica con claridad y elegancia las opiniones y los conceptos de la mente, y se crea en parte de la contemplación de las cosas mismas, tomadas en su significado propio y definido; la otra es la que mueve las pasiones del alma (tales como la *esperanza*, el *miedo*, la *ira*, la *misericordia*), y tiene su origen en el uso de las palabras metafórico y acomodado a las pasiones. Aquella estructura su discurso con principios verdaderos, ésta con opiniones ya establecidas, cualesquiera que fueren. Es propio de aquella la lógica, de ésta la retórica. El fin de aquella es la verdad, de ésta la victoria. Y ambas tienen su aplicación: aquella en las deliberaciones, ésta en las exhortaciones. Aquella va unida a la *sabiduría* siempre, ésta casi nunca (DC, XII. 12: 110).

Gracias a la doble acepción de la elocuencia es posible entender cómo para Hobbes existe un uso lícito de la misma, que puede ser incorporado a los intereses de la ciencia. Tiene como función la explicación de los conceptos, haciéndolos claros y más entendibles; elimina la arbitrariedad y se sustenta en la definición previa y correcta de las categorías. Así, la buena elocuencia desempeña una función cognitiva, mientras que la falsa elocuencia tiene como única finalidad la agitación de las pasiones. Entonces, la posición frente a la elo-

cuencia no puede ser unívoca, porque depende del contexto de uso y de los fines que se persigan, que pueden ir desde el conocimiento científico hasta la sedición política. En el caso de la ciencia civil, tanto la metáfora como la imaginación desempeñan un papel importante en la transmisión del saber³⁸, porque:

(...) junto a la discreción sobre tiempos, lugares y personas, que es indispensable para una buena imaginación, se requiere, también, una aplicación frecuente de los pensamientos con respecto a su fin; es decir, con respecto al uso que ha de hacerse de ellos. Hecho esto, quienes poseen esta virtud, fácilmente encuentran similitudes que no solamente resultan agradables para la ilustración de su discurso y para exonerarlo con nuevas y adecuadas metáforas, sino también por la rareza de su invención (L, VIII: 56).

A propósito de la descripción del carácter de Catilina en *De Cive*, Hobbes elabora una nueva visión de la elocuencia como fuente de sabiduría: su fin ya no es la victoria sino la verdad y no pretende argumentar a partir de exhortaciones; la verdadera elocuencia siempre se da en relación con la ciencia dirigiéndose a la razón sin pretender sacar partido de la ignorancia (Cf. DC, XII. 12: 110). Para el autor existe una relación entre persuasión y razonamiento científico en el ámbito civil. La retórica juega un papel crucial en la generación de hipótesis y en la determinación de su valor de verdad, porque actúa como un elemento heurístico que ayuda al proceso de descubrimiento.

La retórica en su función epistémica posee un propósito constructivo y en este contexto las metáfo-

³⁸ Esta descripción de la elocuencia ciertamente no es una novedad introducida por Hobbes, ya que Bacon con anterioridad realizó una descripción similar a la presentada en la cita anterior. Para Bacon existe una función positiva de la retórica, que ayuda a comprender y exponer pedagógicamente los resultados de la ciencia, se inspira en la racionalidad y está dirigida a la élite. La segunda expresión de la retórica es exclusivamente pasional y se sustenta en la imaginación; produce descripciones arbitrarias y ficticias frente a la realidad, dando lugar a filosofías falsas que conmueven irracionalmente la acción del vulgo.

ras son técnicas discursivas dotadas de una finalidad cognitiva y persuasiva. La retórica aplicada al campo científico busca la exposición y transmisión de datos a través de tropos eficaces; puede sugerir nuevas vías de acceso a la evidencia que permitan pasar de la mera creencia al ulterior conocimiento. De esta manera, la retórica de la transmisión tiene una función pedagógica y la habilidad persuasiva puede utilizarse para una buena causa, porque “si no existe una elocuencia poderosa, que asegure la atención y el consentimiento de los circunstantes, el efecto de la razón será insignificante” (L: 577).

De lo dicho hasta el momento, es posible concluir que Hobbes rechaza la retórica y la utilización de figuras retóricas cuando la intencionalidad subyacente está orientada a la adulación, la manipulación y el engaño. Por otra parte, la elocuencia es aceptada positivamente sólo en los casos en que esté subordinada a la búsqueda de la verdad (objetivo epistemológico) o a la defensa de la ley y la justicia (objetivo civil). No obstante, de los dos grandes campos científicos que Hobbes reconoce, el natural y el civil, sólo el segundo podrá servirse de las bondades de la elocuencia y de la introducción de metáforas, porque “el juicio y la fantasía pueden coexistir adecuadamente en un mismo hombre, pero de modo alternativo, según lo exija la finalidad que se propone” (L: 577).

Dicho en otros términos, en la ciencia natural estorba cualquier adorno retórico, porque provoca distracción y confusión; en ella son suficientes los métodos demostrativos de la geometría. Por su parte, la ciencia civil incorpora la demostración geométrica, pero necesita de la buena elocuencia para complementar la acción de la razón y para consumir sus objetivos persuasivos. Por ello Hobbes explica que “pueden convivir adecuadamente la razón y la elocuencia (si no en las Ciencias naturales, por lo menos en la moral)” (L: 576).

Retórica e instrucción pública

Leviatán es una obra que no está dirigida exclusivamente a los hombres poderosos; el auditorio del texto es amplio e involucra a los hombres sencillos, al pueblo en general. En este sentido, Hobbes se erige en un educador de la colectividad, porque le resulta necesario operar una transformación cultural en donde sean correctamente asimilados los principios de la ciencia civil. Uno de los males que afecta la estabilidad del Estado es la ausencia de una ciencia política que haga parte de la cultura pública. La falta de comprensión en torno a la importancia de una descripción científica de los temas morales y políticos incita al desorden e implica una especie de retorno al *estado de naturaleza*.

Johnston (1989), explica que la tradición renacentista influyó en la génesis del *Leviatán* y que la retórica no desapareció del pensamiento político hobbesiano, porque siguió funcionando como un elemento latente. Para Hobbes es muy importante la expresión eficaz y la transmisión de las ideas: no basta con decir la verdad, pues hay que anclarla perdurablemente en el imaginario colectivo. En esta obra la retórica, a través de la metáfora, se convierte en una técnica discursiva que favorece la construcción, aclaración y explicación de conceptos que de otra forma permanecerían oscuros y abstractos. Pero la labor de la retórica no se restringe al ámbito epistemológico, porque su intención es también persuasiva: educa al pueblo, enseñándole a respetar la ley a temer los efectos de la guerra.

Según Stillman (Cf. 2002: 117), la filosofía civil hobbesiana es una estrategia de intervención cultural, un dispositivo para contener y remediar una grave crisis de autoridad. Como es evidente, la ciencia civil hobbesiana no se limita a describir el *estado de naturaleza* o la institución del Estado a

través del pacto. Prescribe como una condición necesaria para la supervivencia y el desarrollo de los intereses individuales, la sujeción de los súbditos con respecto al soberano, porque su poder ilimitado y absoluto le permite actuar como un árbitro que evita los conflictos entre los asociados.

El *Leviatán* tiene como objetivo educar al pueblo a través del miedo, lo cual está más allá del lenguaje depurado por la geometría. Las figuras apasionadas del discurso triunfan donde el razonamiento geométrico exhibe sus límites, esto es, ante la necesidad de persuadir. En virtud de esta pretensión se entiende cómo la contradicción hobbesiana frente a la metáfora es tan sólo aparente. La metáfora más potente es la que tiene la capacidad de unificar el contenido y significado de la vida política, conjurando el peligro de las otras metáforas que aparecen en el discurso de los sediciosos: es así como el gran *Leviatán* engulle y devora las metáforas que le son hostiles.

De ahí la necesidad de una retórica que desde la legitimidad del Estado logre oponerse a las prácticas retóricas empleadas por los sediciosos. En este contexto, me parece sugerente la opinión de Moloney cuando señala que “la soberanía hobbesiana prometía un orden político y lingüístico a un mundo que estuvo al borde del caos político” (Marín, 2006: 24). De ahí el interés por restaurar tanto el orden de las palabras como el orden de los acontecimientos políticos. Para lograr este cometido, el carácter persuasivo del *Leviatán* emplea diferentes recursos alternativos al lenguaje teórico, como las metáforas y los emblemas.

Por ejemplo, el emblema presentado al comienzo del *Leviatán* crea una especie de concepto para los ojos. Es un recurso retórico que el autor retomó de la imaginería barroca, con la finalidad de generar una imagen permanente en la mente de los lectores, a propósito de los conceptos más importantes de la vida civil. Por ejemplo, la incorporación de este emblema garantizó que el *Leviatán* fuera asociado con una entidad fuerte, poderosa e incontrovertible, a cuya obediencia están sometidos los súbditos y de la cual pueden esperar se-

guridad y protección. Se trata de un rey temporal y terreno, de gran tamaño, que se alza firme para custodiar la ciudad, con el doble signo del poder: el báculo del obispo y la espada del rey.

La función del *Leviatán* como emblema y como metáfora no se limita al ámbito epistémico, porque también posee componentes actitudinales referidos a una misión persuasiva. Las metáforas y emblemas políticos ayudan a crear símbolos articuladores de los deseos, necesidades y aspiraciones populares y por ello tienen tanto un contenido conceptual como una proyección inconsciente en las reacciones y escalas de valoración del público al que se dirigen. Además, el *Leviatán* es una metáfora que apela a lo monstruoso para enseñar el miedo y cohesión social: aspira a contener el caos a partir del temor a la guerra y la obediencia a la ley.

El lenguaje metafórico empleado por Hobbes no desempeña una labor mimética, pues no tiene como objetivo el constituirse en un reflejo y modelo de lo real. Por el contrario, la metáfora es un instrumento que crea, constituye y valida un determinado estilo de relaciones sociales, sin limitarse a reproducir las existentes. Pero si la tarea de la metáfora es otorgar una presencia sensible a las ideas abstractas del pensamiento político, la misión de la retórica llega todavía más lejos: educar al pueblo en la obediencia, al persuadirlo que obedecer y perseguir la autoconservación son dos caras de la misma moneda.

Ahora bien, el éxito de la persuasión política está en la capacidad de transmitir ideas enérgicamente, creando impresiones mentales llamativas y duraderas. Es así como las técnicas de exposición retórica pueden generar aprobación, aceptación y asentimiento, con lo que se consuma el objetivo persuasivo de la ciencia civil. De esta manera, el incrustar metáforas políticas en la mentalidad popular pretende educar en la experiencia de la monarquía.

El peso del discurso político no es sólo conceptual sino afectivo y aquí la metáfora cumple un

papel importante. En Hobbes la metáfora sigue estando encaminada a la conducción de las pasiones humanas. Y si bien esto es lo que Hobbes más ha criticado de la retórica clásica, resulta que la defensa del orden civil justifica que la metáfora se dirija a las pasiones, especialmente al miedo.

De hecho, una metáfora política como el Leviatán tiene la capacidad de intimidar a los hombres y restringir en ellos cierta clase de comportamientos; esta metáfora educa y enseña los modales adecuados que un buen súbdito debe observar. Los hombres tienen que aprender a temer al soberano y a entender que gracias a su poder, la vida y la propiedad se mantienen a salvo. Entonces el miedo no sólo se expresa en la obediencia permanente a ley civil. También se suscita por la posibilidad de que la guerra propicie el retorno al *estado de naturaleza*, como una condición de miseria, zozobra, desconfianza y peligro.

En este contexto el miedo tiene una doble significación: es *obediencia* a la ley y *deseo* y *necesidad* de la ley. A partir de cualquiera de estas dos acepciones, Hobbes enseña a los lectores del *Leviatán* la misma conclusión: La vida social es imposible sin la ley civil. Pero es necesario tener en cuenta que esta misma conclusión ya ha sido suficientemente demostrada a partir de los argumentos lógicos, dirigidos a la razón. Se espera de la retórica el reforzamiento de lo explicado con el método demostrativo al conmovier a las pasiones humanas. Como lo explica Guthier (1969), el objetivo hobbesiano consiste en oponer a las pasiones que incitan a la violación de los convenios, una pasión capaz de hacerlos cumplir.

Strauss (1963), también comparte la opinión de que el *Leviatán* busca producir un tipo de miedo racional en los lectores. Dado que la vanidad y la vanagloria son pasiones egoístas que pueden inducir al hombre a la rebelión, estas deben ser domeadas por el miedo a la muerte, pues los hombres consideran la muerte como el más grande de todos los males. Según Strauss (Cf. 1963: 166), Hobbes concibe la antítesis entre la vanidad

y el miedo como la antítesis entre la pasión y la razón, por lo cual equipara a la razón con el miedo.

A las afirmaciones de Strauss sólo tengo que añadir lo siguiente: si ser racional implica aprender a temer, al filósofo le corresponde elevar la racionalidad popular, y en consecuencia a través de su discurso retórico, debe enseñar a temer, en otras palabras, a obedecer. Como es evidente, la formación de estas *competencias ciudadanas* fundamentales -por decirlo en términos de hoy-, es algo que no puede dejarse a expensas de las explicaciones teóricas y demostrativas, muy buenas para aclarar los conceptos, pero que no tienen la capacidad contener efectivamente las pasiones rebeldes.

Como lo explica Johnston (1989), Hobbes tuvo como objetivo la transformación de la cultura popular del pueblo inglés. Esta transformación fue necesaria porque los imaginarios políticos de sus contemporáneos eran incompatibles con un proyecto civil sustentado en una base racional y demostrativa. A través del *Leviatán* Hobbes intentó reemplazar estos imaginarios con doctrinas más compatibles con una concepción racional de la política, porque la ciencia civil es una estrategia de intervención cultural, un dispositivo para remediar la crisis producto de la falta de autoridad.

El *Leviatán* como escrito persuasivo parece resumir el sentido de las enseñanzas que Hobbes obtuvo en su juventud a partir del estudio de la obra retórica de Cicerón: la ciencia civil no es una cuestión que dependa exclusivamente de la sabiduría y la razón. La exposición de los deberes que tienen los ciudadanos no es un asunto puramente académico. Esto supone emplear la elocuencia, porque así el orador puede convencer a sus conciudadanos con la fuerza de sus palabras y encender en su ánimo las verdades que ya han sido reconocidas con la razón.

Debido a lo anterior, existe la posibilidad de unir sabiduría y elocuencia. El filósofo conduce a la comunidad hacia una vida civilizada y los oradores inspirados por la verdad y la justicia introdu-

cen el orden en una sociedad caótica. De esta manera, el retorno a la tradición humanista permite comprender que la elocuencia sumada a la prudencia, favorece el desarrollo de virtudes sociales y políticas.

La idea de la retórica cívica defendida por Cicerón, aparece recuperada en la intencionalidad que da origen al *Leviatán*. Si de la sabiduría nunca debe estar ausente de la elocuencia, un razonamiento poderoso tiene que aliarse con un discurso igualmente contundente. En virtud de lo anterior, es posible establecer que el *Leviatán* constituye una obra de retórica deliberativa, donde la estrategia determinante consiste en aconsejar la adopción de un sistema político que se tiene por honorable y ventajoso para la salud del Estado. La finalidad de Hobbes como orador radica en razonar de una manera que convenza a los súbditos para seguir una determinada acción en lugar de otra. La fuente de la convicción proviene de las metáforas empleadas, porque un orador no puede esperar, por la pura fuerza de su razón, motivar a la acción.

La necesidad de educar al pueblo en el conocimiento de la ley civil es una preocupación que Hobbes manifiesta en diferentes textos. Por ejemplo, en el caso particular de *Behemoth*, la relación entre política e instrucción popular se expresa en los siguientes términos:

¿Por qué no se enseña a los hombres su deber, esto es, la ciencia de lo *justo* y de lo *injusto*, igual que se han enseñado otras diversas ciencias, a partir de principios verdaderos y demostración evidente, y mucho más fácilmente de lo que ninguno de esos predicadores y gentiles hombres demócratas podían enseñar la rebelión y la traición? (B, I: 54).

El conocimiento de los deberes y el acatamiento de la autoridad soberana es algo que no surge espontáneamente en la gente corriente. No sólo depende del buen juicio, “pues eso constituye una ciencia, y construida sobre principios claros y seguros, y que ha de ser aprendida mediante un

estudio profundo y cuidadoso, o de maestros que la hayan estudiado profundamente” (B, III: 206). Se necesita del filósofo para que encuentre los principios de la ciencia civil y los transmita a través de la enseñanza. A propósito de la Guerra Civil, en *Behemoth* Hobbes afirma que en general los ingleses

(...) no carecían de inteligencia, sino del conocimiento de las causas y razones por las que una persona tiene derecho a gobernar y el resto obligación de obedecer; razones éstas que es necesario que se enseñen al pueblo, que sin ellas no puede vivir por mucho tiempo en paz (B, III: 206).

No es que la muchedumbre adolezca en sí misma de racionalidad, aunque ciertamente está expuesta al influjo de la persuasión y de las falsas doctrinas. En general esta facultad se manifiesta en todos de modo semejante y de ahí la igualdad natural entre los hombres. Si el pueblo no ha tenido la capacidad para evitar la guerra no es por falta de racionalidad, sino por la ausencia de una reflexión científica en torno a lo político, que ponga en evidencia las causas del conflicto y los modos de lograr la paz. La ciencia civil enseña a articular los intereses individuales que hacen parte del egoísmo natural (la tendencia a la autoconservación), con la búsqueda de la paz y la institución de una autoridad soberana: “obedecer las leyes es la prudencia del súbdito, pues sin esa obediencia la república (que es la seguridad y protección de todo súbdito) no puede subsistir” (B, I: 61). Poner en tela de juicio la autoridad del soberano es tanto como atacar las propias conveniencias, lo cual es absurdo. Como lo expone Rodilla, “la posesión de la correcta ciencia de la política forma parte de las exigencias de racionalidad de la acción de individuos que persiguen intereses egoístas” (Rodilla, 1992: XXXIV).

En conclusión, la retórica hobbesiana posee una finalidad eminentemente persuasiva que se inspira en los criterios de lo que es verdadero y justo. Se convierte en un mecanismo pedagógico que

ayuda a transmitir y hacer entender conceptos abstractos fundamentales para que el pueblo se desenvuelva correctamente en la vida en sociedad. Por esta razón, la metáfora y la retórica son estrategias que apuntan a un objetivo común, como lo es educar a la comunidad en el sentido de la ley, la importancia del Estado y la necesidad de res-

petar los pactos, lo cual está ordenado a la consecución de la paz. La retórica es inseparable de la educación y está ligada a la vida pública, porque es el instrumento formativo del ciudadano y está en función del fortalecimiento de la conciencia cívica.

Bibliografía

Bibliografía del autor

Hobbes, T. (1640). *Elementos del derecho natural y civil*. Madrid: Alianza, 1994. (Citado como EL-I).

Hobbes, T. (1642). *Tratado sobre el ciudadano*. Edición e introducción de Joaquín Rodríguez Feo. Madrid: Trotta, 1999. (Citado como DC).

Hobbes, T. (1651). *Leviatán, o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*. Traducción y prefacio de Manuel Sánchez Sarto. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. (Citado como L).

Hobbes, T. (1681). *Vida de Thomas Hobbes de Malmesbury escrita en verso por el autor*. En: Diálogo entre un filósofo y un jurista y escritos autobiográficos, Estudio preliminar, traducción y notas de Miguel Ángel Rodilla. Madrid: Tecnos, 1992. (Citado como LTH)

Hobbes, T. (1680). *Behemoth*. Estudio preliminar, traducción y notas por Miguel Ángel Rodilla. Madrid: Tecnos, 1992. (Citado como B).

Hobbes, T. (1681). *Diálogo entre un filósofo y un jurista y escritos autobiográficos*. Estudio preliminar, traducción y notas de Miguel Ángel Rodilla. Madrid: Tecnos, 1992. (Citado como D).

Bibliografía complementaria

Condren, C. (1994). *The language of politics in seventeenth – century England*. New York: St. Martin Press.

Guthier, D. (1969). *The logic of Leviathan*. Oxford: Clarendon Press.

Johnston, D. (1986). *The Rhetoric of Leviathan. Thomas Hobbes and the politics of cultural transformation*. Princeton: Princeton University Press.

Marín, C. (2006). *Abandonando el jardín del Edén: Autoridad política y autoridad lingüística en Thomas Hobbes, por Pat Molones*, en: Logos No. 10, (mayo).

Rodilla, M. (1992). *Estudio Introductorio*, en: Hobbes, T. *Behemot*, Madrid: Tecnos.

Stillman, R. (2002). *The new philosophy and universal languages in 17th century*. Oxford: University Pres.

Strauss, L. (1963). *The political philosophy of Thomas Hobbes: Its basis an its genesis*. Chicago: University of Chicago Press.